

## CHILE: ¿MITO O REALIDAD?

MARTIN GONZALO MÁRQUEZ MIRANDA\*

Pocas son las posibilidades de realizar un buen análisis en cualquier materia si son desconocidos los antecedentes relevantes que marcan el camino seguido para alcanzar un punto determinado. Así como un médico puede dar un diagnóstico en base a la información relevada a simple vista, su informe será mucho mejor cuando conozca las causas por las cuales el paciente llega a esa situación, e incluso, de esa manera podrá aventurar una evolución futura con mayor precisión. Cualquier médico necesita conocer la historia clínica de un paciente. Cualquier empleador necesita analizar los curriculum o los antecedentes de los candidatos a ocupar un puesto. Los jueces pueden cumplir su función sólo en base a pruebas comprobables. En todas las actividades la trayectoria seguida por el sujeto en estudio es un elemento clave para llegar a una apreciación coherente de lo que se analiza.

La vida del hombre, desde sus comienzos, está signada

\* Licenciado en Economía de la Universidad de Buenos Aires (1990) y Analista en Estrategia de la Escuela Superior de Guerra del Ejército (1992). Como Integrante de Centro de Estudios Estratégicos de la Escuela Superior de Guerra del Ejército participa en el análisis de las relaciones Argentino-Chilenas. El presente trabajo es producto de las investigaciones desarrolladas en ese ámbito. Desarrolla actividades como consultor independiente.

por un pasado, un presente y un futuro, y así como en cualquier proceso técnico existe un conjunto de elementos que se transforman, de alguna manera, para obtener otros elementos —es decir un antes y un después—, cuando se analiza la actual situación socioeconómica de un país o se la compara con la de otras naciones deben combinarse aspectos históricos con la evolución de ciertos parámetros técnicos que permitan establecer diferencias o posibles igualdades aparentes. Lógicamente todo el proceso de análisis puede tener un punto crítico cuando por alguna razón que está más allá de lo predecible y es totalmente externa al sujeto en estudio se modifica la trayectoria que éste sigue. En la historia estos hechos no son comunes, pero pueblos enteros han desaparecido no por su autodestrucción sino por causas naturales o por invasiones de otros pueblos que los primeros no los consideraban enemigos.

A partir de los antecedentes y del estado de situación presente que puede surgir de un relevamiento, se pueden establecer comparaciones y aplicar un método destinado a fijar una tendencia. Cualquier análisis coyuntural que no surja de una interpretación acabada de las causas por las cuales se llega a esa situación solamente tiene valor como percepción personal, y es sumamente riesgoso determinar una evolución futura a partir de esos elementos. Consideremos también que este tipo de evaluación puede ser tomada por otros analistas en forma irresponsablemente desprevenida para realizar otros análisis que, a partir de percepciones personales que surgen de hechos aislados, pueden generar nuevas impresiones individuales que culminen modificando la realidad. Cuántas veces informes incorrectos, falsos o malintencionados han cambiado el rumbo de la historia. Y cuántas veces a partir de informes tendenciosos o equívocos se ha logrado modificar la opinión pública. Esa es la labor que realizan los organismos de inteligencia más prestigiosos. Estas herramientas de uso tan común también en la política interna de un país son utilizadas al más alto nivel de decisión en las relaciones internacionales, en la competencia entre las grandes empresas e incluso, sin justificación académica, en la vida cotidiana a través de comentarios y rumores.

Podríamos llegar mucho más profundo si el objeto de esta nota fuera un estudio de las formas de utilizar la información y sus consecuencias pero, lamentablemente, esa no es la materia que nos ocupa aquí.

Chile, ¿un mito o una realidad? O, Chile, ¿un mito y una realidad?. Otra vez, todo es relativo, nada es absoluto. Seguramente que para Japón, Chile no es un mito, quizá una realidad, quizá un país más en donde se pueden obtener ciertas ventajas y no otras. Seguramente Rumania, Guatemala o Grecia apenas la consideren como una lejana realidad y los Estados Unidos como un país atractivamente controlado que brinda mayor confianza que otros, igual que Francia con ciertas dudas por su marcada trayectoria como país con historial complejo en temas vinculados a los derechos humanos; y así cada país tendrá su propia óptica para definir su relación con éste de acuerdo a su actual situación. Pero el punto que nos interesa descifrar es si este mito o realidad, o mito y realidad, es tal o cual para la Argentina. Sería sumamente interesante poder realizar este mismo análisis para comprender la relación entre Perú, Bolivia o Brasil con nuestros vecinos.

La palabra "mito" —más allá de un origen religioso que intenta explicar, mediante la ficción, fenómenos relacionados con el origen del mundo— encierra un significado psicosocial que procura excitar los sentimientos y estimular la acción. Casi siempre los mitos están dirigidos a influir sobre las masas más predispuestas a los acontecimientos de raíz casi sobrenatural en oposición a sucesos lógicos explicados con la razón. El famoso "milagro japonés" puede ser considerado un mito. Por extensión también son mitos los motivos alrededor de los cuales se agrupan o mueven tendenciosamente intereses políticos. Aquello que a los ojos del hombre común parece sobrenatural o inalcanzable es un mito. Aquello que quien tiene el poder de hacer que se vea como es conveniente que se vea, puede llegar a ser convertido en un mito para el hombre común. Esto es fácil de conseguir con los medios de comunicación disponibles en nuestros días. Pero la realidad es que un mito no es más que una narración, una leyenda, una fábula, simple ficción que se introduce en la mente del hom-

bre común a través de un profundo ejercicio de repetición que alguien dirige y coordina a lo largo del tiempo y que logra convertirse, poco a poco, en base para la realización de análisis incorrectos que van modificando la realidad. Estudiando la historia del Japón veremos que el “milagro japonés” es el fruto de miles de años de cultura apuntada a hacer de una raza un pueblo respetado con peso propio que se fue ajustando a las circunstancias de cada momento histórico.

Para comprender más rápidamente los conceptos anteriormente expresados, y en relación al tema que nos ocupa, observemos los siguientes titulares que en más de una oportunidad ocuparon destacados espacios en diversos medios periodísticos: “Vinos chilenos en las góndolas de California”; “Miles de millones de dólares invertidos por empresas chilenas en nuestro país”; “El llamativo paso al compás, al temeroso estilo prusiano, en un desfile militar”; estadísticas en dónde se comparan sus buenos resultados económicos con los peores propios. Sin duda todo esto es realidad, ¿pero acaso son los chilenos los únicos vinos de Sudamérica que se venden en las góndolas de los Estados Unidos? ¿Sólo Chile cuenta con disciplinadas fuerzas armadas? ¿Acaso los capitales tienen patria o sólo buscan las más cómodas oportunidades de multiplicarse? ¿Por qué se comparan sólo las variables en las que pareciera ser que nuestro país está en seria desventaja? Todo debe ser analizado con mayor detenimiento. Pronto comprenderemos que lo que en apariencia es un plan trazado del otro lado de los Andes, y que lleva muchos años de funcionamiento para convertirse en país hegemónico, es en realidad el simple resultado de haber tenido la capacidad de estar más cerca de comprender la realidad mundial y fijar reglas claras manteniéndolas a lo largo del tiempo para crear condiciones confiables en el momento oportuno, apoyando el crecimiento sin tener en cuenta el costo social, destacando los éxitos alcanzados y abriendo las fronteras al mundo como única salida para mejorar, quizá en el largo plazo, las condiciones de vida de sus ciudadanos. Evidentemente se debe destacar por el lado de Chile la acertada visión estratégica que brindó la posi-

bilidad de accentuar su avance en el mercado mundial cada año. Por el lado argentino hay que destacar nuestra amplia capacidad para esparcir informaciones que en lugar de servir para que se incite a la opinión pública a mejorar para competir por los espacios aún libres, se creó —durante mucho tiempo y a partir de un efecto multiplicador— el mito de la Chile “insuperable”. El hombre común, sin encontrar una explicación lógica, más que cargar de culpas a la dirigencia nacional o a la ineficiencia de los empresarios, llegó a acomplejarse incrementando su ira, su impotencia y hasta su temor. A simple vista veremos que el origen de estas conductas depresivas está dado por la explosión de informaciones parcializadas con interpretaciones tendenciosas, que parecieran no explicarse de otra manera más que por ese confuso don de los comunicadores de esconder los intereses propios detrás de lo que ellos llaman intereses de la sociedad. De esta manera contribuyen a la formación de expectativas derrotistas. De todos modos, como es don del buen guerrero alcanzar la victoria aún ante la inminente derrota, estamos a tiempo de generar nuevas metas utilizando todos esos argumentos negativos, para crear nuevas y mejores expectativas, considerando que en realidad no estamos ante ninguna derrota.

En los puntos siguientes profundizaremos sobre los aspectos más destacados de la realidad económica chilena y argentina. Antes incurriremos brevemente en los últimos cien años de la historia de Chile y veremos algunas cifras comparativas que corresponden al factor socioeconómico de los dos países, pero situándonos en la década del '60.

### **La oligarquía dominante y las luchas sociales.**

En Chile también se aprecian las permanentes luchas entre la oligarquía y las clases populares desde 1890. En un comienzo la oligarquía parlamentaria estaba al presidente para llevar adelante medidas tendientes a mejorar las condiciones del país. El poder estaba en manos de los grandes terratenientes y la oligarquía minera. En 1920,

la clase obrera —sometida a muy duras condiciones de trabajo y a la absoluta falta de los más elementales derechos sociales y políticos— comenzó a organizarse y a colaborar con la escasa clase media, en busca de implementar una democracia participativa. En un salto revolucionario, las clases populares arrebataron el poder a la oligarquía, implantando un sistema presidencialista que buscó sustentarse en la nueva Constitución de 1925. No obstante, la intervención del ejército y la falta de apoyo de los partidos políticos obligaron a cambiar de presidentes sucesivamente durante esos años. En 1927, ante la anarquía y la crisis social y política, el general Carlos Ibañez del Campo asumió el poder político y gobernó el país bajo un régimen dictatorial. Dimitió en 1932 ante el descontento público y las consecuencias de la crisis económica mundial de la época. A partir de aquí queda restablecido el orden institucional. Pero tengamos en cuenta, en nuestro razonamiento, los aspectos geopolíticos de la época y el significado que puede alcanzar el término “orden institucional” en la década del '30. Desde 1932 y hasta 1952, una izquierda moderada gobernó poniendo cierto freno al poder de la oligarquía. Se promovió la industrialización y mejoró la situación económica, con un perfil bajo en las relaciones internacionales y sin participación en la Segunda Guerra Mundial. Durante la Guerra Fría se alineó al bloque occidental disolviendo en 1948 el partido comunista. La influencia económica y política de los Estados Unidos forzó un claro viraje hacia la derecha y en las elecciones de 1952 se impuso el ex dictador Carlos Ibañez del Campo, quien se ajustó a las normas de la democracia. Otra vez, no perdamos de vista los aspectos geopolíticos del contexto latinoamericano y mundial de esos años. Se hizo hincapié en la estabilización de la economía hasta 1964. En ese período los partidos tradicionales quedaron relegados ante el surgimiento de nuevas agrupaciones políticas que dieron al país semblante parecido al de algunas naciones europeas. La democracia cristiana asume el poder en ese año. El presidente Eduardo Frei, partidario de transformar la desigual estructura socioeconómica de Chile, con el apoyo

de la oligarquía terrateniente inicia la reforma agraria y obtiene mejores condiciones de las compañías estadounidenses explotadoras del cobre. Su proceso fue bautizado como "la chilenización". Por otro lado, Salvador Allende agrupaba comunistas, socialistas y radicales. Si bien las críticas que se hicieron al gobierno de Frei se concentraban en la lentitud para la ejecución de las reformas prometidas y el no haber nacionalizado las compañías estadounidenses, mejoró sensiblemente la situación de las industrias extractivas nacionales y por primera vez en la historia de Chile se notó un progreso en el campo de la educación pública. Sin embargo, la economía se basaba en inversiones de capitales extranjeros, la inflación era una amenaza constante con fuerte influencia en el incremento del costo de vida que tenía su origen en los aspectos demagógicos que promovía la administración con fines electorales. La reforma agraria de 1967 preveía la expropiación, previa indemnización, de explotaciones agrícolas que excedieran las 80 hectáreas transformándolos en asentamientos para una posterior colectivización. Esta reforma mermó la fuerza electoral de Frei. En 1970 Allende obtiene una mayoría relativa en las elecciones y es proclamado presidente por el Congreso con el apoyo de la democracia cristiana, pese a los intentos de la extrema derecha de provocar un golpe militar, inusual en Chile desde 1927. Allende se alineó inmediatamente al bloque socialista reconociendo oficialmente los gobiernos de Cuba y China, alejándose de la tutela de los EE.UU. y manteniendo una cierta distensión con Brasil y Argentina. Llevó a cabo una parte importante de la nacionalización de la banca, promulgó la ley de nacionalización del cobre e impulsó el proceso de reforma agraria. La oposición, desde el Congreso, obligó a Allende a frenar el impulso y a buscar apoyo en el Ejército, al cual asoció al gobierno en 1972 con miras a las elecciones legislativas de 1973, cediéndole entre otras cosas el control de la explotación del cobre. Los resultados de las elecciones fueron mejores que los obtenidos en 1970 cuando asumió, pero no alcanzaron a brindarle la mayoría absoluta necesaria para evitar la obstrucción conservadora. En junio de 1973 se

produce el primer golpe militar, después de casi 50 años sucesivos de gobiernos democráticos. El golpe no tuvo éxito dado que la mayor parte del ejército mantuvo una postura "legalista", quizá porque aún no estaban garantizadas, por el futuro nuevo gobierno, las ventajas obtenidas hasta ese momento por el poder militar. En agosto, los militares abandonan sus cargos ministeriales cedidos oportunamente por Allende y en septiembre —ante la muerte del presidente— el general Augusto Pinochet, al frente de una Junta Militar y con el apoyo de la democracia cristiana de Frei y de los conservadores, asume el poder.

Desde 1932 hasta 1996 pasaron por el Gobierno de Chile catorce presidentes, pero sólo durante 1932 hubo tres, lo cual hace que desde fines de 1932 a nuestros días hayan gobernado el país once presidentes. Sólo uno fue obligado a dejar su cargo. La oligarquía siempre coordinó de alguna manera el poder. Pocas veces el influjo sindical o la fuerza de la opinión pública fueron causa para provocar crisis de gobierno.

En la Argentina durante el mismo período gobernaron veintitrés presidentes, cinco elegidos democráticamente, fueron obligados a dejar su cargo; a otro, elegido de la misma manera, su ineptitud para gobernar lo obligó a llamar a elecciones y ceder su puesto inmediatamente. De los veintitrés, quince fueron militares que cambiaron entre sí, en ciertos casos para no ser considerados dictadores, en otros porque la situación política lo exigió. Sólo en 1973 hubo cuatro presidentes: Alejandro A. Lanusse, Héctor J. Cámpora, Raúl Lastiri y Juan Domingo Perón. Únicamente dos presidentes constitucionales culminaron sus períodos de gobierno: Perón (1946/52) y Carlos Menem (1989/95). Tantos cambios pueden explicarse sencillamente con la variada y oscilante estructura de poder y de intereses reinantes en la historia argentina. Esta simple comparación nos permite comprender el grado de estabilidad y confiabilidad política que por experiencias vividas pueden alcanzar las instituciones de gobierno de los dos países: mientras en Chile el poder sólo está de un lado, en la Argentina el equilibrio inestable no ha generado confianza.



## Chile y Argentina en los '60

Sería muy interesante poder realizar este estudio en forma exhaustiva, observando todos los parámetros socioeconómicos, partiendo de las leyes de presupuesto y analizando índices y tasas de valor comparativo internacional. Pero eso sería muy prolongado y no cumpliría con el fin perseguido. Los datos aquí presentados no buscan establecer una diferenciación estática sino que deben ser tomados como base para comprender la situación actual. El año elegido no tiene ninguna connotación especial y las cifras que el mismo expresa son similares a las que se podrían observar en los dos países durante toda la década y algunos años más del siguiente decenio, dado que ninguno experimentó grandes cambios en ese lapso.

En 1964 el Producto Bruto Nacional (PBN) por habitante según datos del Banco Interamericano de Desarrollo arrojaba la suma de 458 dólares para Chile y 738 dólares para la Argentina, medidos en moneda corriente de ese año. Dado que para el análisis que se desarrolla alcanzan sólo los valores comparativos, no es necesario convertir la moneda a valores corrientes actualizados. Debemos considerar que en el mismo año Chile contaba con una población de cerca de ocho millones y medio de habitantes y la Argentina veintidós millones y medio. En esos años, en Chile el 32 % de la población era descendiente de criollos o españoles puros, un 6 % era indígena, el 60 % de los habitantes eran mestizos (españoles o criollos y araucanos) y el resto, un 2 %, eran inmigrantes franceses, alemanes o italianos en su mayoría. En la Argentina, las corrientes inmigratorias de fines del siglo pasado y principios del actual, prácticamente duplicaron la cantidad de habitantes, alcanzando en 1914 los casi ocho millones de habitantes, con lo cual la existencia de indígenas puros está prácticamente eliminada. La estructura poblacional surge de la mezcla entre criollos e inmigrantes.

El tipo de estructura de la población es fundamental para comprender la razón por la cual en la Argentina de esos años aproximadamente un 90,6% de los niños estaban matriculados en escuelas de nivel primario, siendo éste uno

de los índices más elevados del mundo; un 32 % de los adolescentes concurría al nivel secundario y un 10,3 % de los jóvenes alcanzaba el nivel universitario en ochenta instituciones, la mayoría de las cuales eran gratuitas y públicas. Las mismas contaban con 6.983 profesores. En Chile, aproximadamente el 77.7 % de los niños accedía al nivel primario, el 27,3 % lo hacía al nivel secundario y un 3,6 %, de los jóvenes en edad universitaria alcanzaba ese nivel, existiendo diez universidades públicas rentadas y privadas con 570 profesores.

Sin que exista una divergencia significativa en la calidad de la capacitación brindada por los niveles primarios y secundarios, consideremos que los estudiantes universitarios de la década del '60 hoy tienen en sus manos la dirigencia de los dos países, y que en la Argentina se observaba un mayor grado de apertura en el pensamiento universitario originado en el carácter público y gratuito de su sistema.

En 1964, el 14,7 % del gasto público chileno fue destinado a la educación, siendo esta cifra equivalente al 3,3 % del Producto Bruto Nacional. En la Argentina se destinaba el 8,5 % que significaba un 1,2 % de Producto Bruto Nacional.

Existen infinidad de datos a considerar que, si bien no son de suma importancia, pueden graficar en nuestras mentes el nivel de desarrollo alcanzado por los dos países en esos años, por ejemplo: la Argentina de 1964 contaba con un total de 1.244.133 teléfonos, para 22.500.000 de habitantes (es decir dieciocho habitantes por teléfono, aproximadamente), Chile contaba con 183.519 (unos cuarenta y seis habitantes por línea). En Uruguay tenían 102.000 teléfonos para 2.500.000 de habitantes, por lo que la razón era de 1 a 24, mientras que en Brasil era de 1 a 82.

El nivel de exportaciones en millones de dólares a moneda corriente era para Chile en 1964 de 490. La Argentina llegaba a los 1.080. Esta relación de 2 a 1 en exportaciones desde nuestro país y desde Chile es casi permanente a lo largo de toda la década. También es necesario destacar que el Producto Bruto Nacional de Chile,

ese mismo año, ascendía a una cifra cercana a los 3.900 millones de dólares. En la Argentina, el PBN alcanzaba los 16.500 millones de la misma moneda. La participación de las exportaciones chilenas en el producto bruto de ese año fue de aproximadamente 12,5%. Durante toda la década este índice rondó esa cifra. En la Argentina, las exportaciones ocuparon, en la misma época, entre el 6 y el 7 % (como máximo) del PBN. Los datos aquí expresados son de suma importancia para nuestro posterior razonamiento.

Si bien los dos países experimentaron déficits casi permanentes en sus respectivos saldos comerciales, es decir que las importaciones superaron a las exportaciones, en la Argentina la escasa participación de las exportaciones en el PBN permite identificar un elevado nivel de actividad interna en la relación producción nacional-consumo nacional, y al mismo tiempo una escasa participación del consumo de bienes importados. En Chile el consumo de bienes importados era mayor —proporcionalmente— en función a su capacidad exportadora. Por otra parte, observemos los siguientes datos: el PBN chileno equivalía a la cuarta parte del argentino y la población de Chile alcanzaba casi el 40% de la población de la Argentina, con lo cual —considerando la riqueza natural propia de la gran extensión de su territorio, que equivale a la cuarta parte del nuestro (sin considerar la Antártida ni la plataforma submarina) las posibilidades de expansión del consumo interno y la capacidad exportadora— ya en ese momento se podía prever que aplicando políticas adecuadas de expansión de demanda y ahorro interno, en una economía ordenada el nivel de Producto Bruto, medido de cualquier manera, podría al menos equipararse proporcionalmente al argentino. Es decir que en ese momento con las cifras analizadas era matemáticamente posible acercarse al producto bruto por habitante de la Argentina, tomando a nuestro país como modelo de esa relación en Latinoamérica, en esos años. La relación se aprecia fácilmente: si la población del menor equivale al 40 % de la del mayor, en economías similares —productoras y exportadoras de materia prima— el Producto Bruto debería mantener la mis-

ma relación. Dado que no es así y existe un déficit de 15 puntos (el PBN de Chile respecto al de Argentina era del 25%), la diferencia está en otro lugar. Lógicamente, la matemática pura no alcanza para explicar el crecimiento ni para justificar ese déficit. Evidentemente el diferencial en la relación entre los dos países se da por la capacidad de generar mayor valor agregado a la materia prima producida. Por esa razón es que la explotación simple de riquezas naturales no alcanza para crecer más rápidamente, pero sí su transformación, sin importar el origen de la materia prima. Podemos decir que en esa época la productividad de la argentina era mayor a la chilena. Observando cifras de la actualidad en países desarrollados se puede ver la correspondencia en la relación de sus respectivos productos por habitante. Las naciones avanzadas se caracterizan por el alto valor agregado en sus economías. Japón, por ejemplo, transforma materia prima que importa de otros países. Hoy, Taiwan y Corea hacen lo mismo generando altísimo valor agregado.

Los datos aquí consignados corresponden a informes de la época realizados por el Banco Interamericano de Desarrollo. Si bien no cuentan con absoluta precisión, dado que la mayoría de las cifras son aproximadas, reflejan objetivamente la realidad. El término Producto Bruto Nacional (o PBN) resulta de restarle al PBI (o Producto Bruto Interno) las transferencias corrientes netas del exterior. Esta diferencia en valores absolutos no es significativa como para invalidar el razonamiento. En la actualidad, la medición del PBI, se realiza aplicando una metodología diferente a la utilizada hace 30 años. De todos modos, en ningún momento se establecen valores relativos a los distintos momentos, sino que son comparaciones en términos absolutos.

### Los Últimos Años

Son llamativos los datos que hemos observado en los párrafos anteriores. A nadie tiene que llamar la atención si un país más atrasado equipara su economía a la de un

país más adelantado. Lo llamativo sería si además de equipararla la supera ampliamente en un plazo muy breve, tal como ha sucedido varias veces en la historia entre la economía británica y la alemana, por ejemplo.

Veamos datos similares a los anteriores pero para 1995. El Producto Bruto Interno de Chile se aproximó a los 65 mil millones de dólares. En la Argentina, el PBI fue cercano a los 257 mil millones de dólares. Tomando el PBI como parámetro, podemos decir que para ese año el chileno equivalía aproximadamente al 25 % del argentino, es decir que aún ajustando las cifras y profundizando el estudio, la relación que observamos en la década del '60 se mantendría. Siendo más observadores, el nivel de exportaciones de Chile en 1995 alcanzó un 24,5 % del PBI, es decir 15.900 millones de dólares. En la Argentina se exportaron 20.600 millones, equivalentes al 8 % de su PBI. Nuestro país prácticamente mantiene el nivel de participación de las exportaciones en su PBI. Por su parte, Chile ha pasado del 12,5 % promedio al 24,5 % en 1995. En los años anteriores, las exportaciones chilenas fueron del 20 % en 1990, 19 % en 1991, 22 % en 1992, 23 % en 1993 y 24 % en el '94. Evidentemente se observa un gran crecimiento de este elemento, superior al mismo crecimiento del PBI. Es de destacar que mientras hace 30 años el nivel de exportaciones argentinas duplicaba a las chilenas, en 1995 —manteniendo la relación entre los PBI— Chile exporta tres cuartas partes de lo que exporta la Argentina. La especialización orientada al extranjero hace que se busquen los productos más competitivos para permitir la penetración en los mercados internacionales. Esto obliga a buscar la eficiencia en la producción para alcanzar competitivos niveles de productividad. Por otra parte, Chile aplica políticas económicas que favorecen el rumbo marcado, pero el sólo hecho de incrementar las exportaciones no implica un incremento directo en el bienestar de la nación, aunque sí hay un beneficio de los sectores dedicados a esa actividad y un efecto secundario que beneficia a la economía en su conjunto. Entre las metas económicas del gobierno de Frei se contempla alcanzar exportaciones por el equivalente al 40 % del PBI. Analicemos más profunda-

mente las exportaciones chilenas: en 1995 el sector minero participó con el 49 % del total, 36,5 % de las exportaciones totales corresponden a cobre solamente. La industria ocupó un 42 % y el agro, la pesca y la silvicultura ocuparon el 9 % restante. Dentro de las exportaciones industriales se destaca la celulosa con el 6,1%, el pescado fresco congelado, ahumado o en salmuera, con el 5,2 %, la harina de pescado (3,8 %) y muebles y maderas procesadas en general (4,7 %). De esta manera Chile exporta casi 3500 productos a 140 naciones, fabricando desde maquinarias hasta cosméticos, libros, electrodomésticos, medicamentos, material médico, juguetes y armamentos. Sin embargo, el mercado interno chileno no ha crecido de igual modo y ha llegado prácticamente a un punto máximo.

El Gasto Público de Chile se acercó al 16 % del PBI de 1995. En los últimos 10 años han utilizado entre un 62 y un 68 % del nivel de gasto público para cubrir el gasto social. En ese período la participación del GP (gasto público) en el PBI pasó del 6 % en 1987 al 16 %, es decir más de un 265 %, y el PBI creció desde 1987 a nuestros días un 75 %. Dentro del gasto social de 1995, el 10,3 % se utilizó en salud, lo que equivale a un 6,4 % del Gasto Público o al 1,07 % del PBI. En educación, Chile invirtió un 26,6 % del gasto social (16,6 % del GP, 2,77 % del PBI). El presupuesto de 1996 destina un 16 % más que en 1995 para educación. La relación del Gasto en Educación sobre el PBI todavía era mayor en la década del 60 que actualmente. En los últimos años, este crecimiento lo han financiado con recursos genuinos derivados de políticas fiscales adecuadas.

De acuerdo al Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Chile paso del lugar 38 en 1994 al 33 en 1995 —entre 173 países— por su Índice de Desarrollo Humano. Dicho indicador considera la esperanza de vida, la tasa de alfabetización, la tasa de escolaridad primaria y el ingreso por habitante. Chile superó de esta manera a Portugal, México, la República Checa, Venezuela, Panamá, Rusia, Polonia, Colombia y Brasil. Según este informe, la expectativa de vida es de 74 años, la alfabetización es del 94,5 % y la tasa de escolaridad

alcanza el 70 %, prácticamente los mismos valores que en la década del '60.

Entre 1990 y 1995 Chile ha llevado del 40 al 28 % el número de hogares que se encuentran por debajo de la línea de pobreza. Este lamentable índice comparativo también se verifica en la Argentina que pasó de casi el 34 % en 1990 al 16,3 % en 1995.

En 30 años, todos los avances realizados no evidencian parámetros comparativos que permitan detectar un cambio rotundo en el nivel de vida de los chilenos en general. Tomando el Producto Bruto, proporcionalmente al nivel de PBI de la Argentina, el chileno debería crecer un 50 % y el argentino nada, para que el PBI por habitante fuera aproximadamente equivalente, y sin considerar la calidad en la distribución del ingreso quizá la calidad de vida sería relativamente pareja. Pero esto no es un estudio que busque determinar quién está en mejores condiciones; el objetivo sigue siendo distinguir el mito de la realidad.

En los últimos años, desde la crisis de los '80, la participación de la deuda externa en las economías latinoamericanas tiene suma relevancia. Últimamente, los periódicos han destacado la manera en que Chile disminuye su endeudamiento. Veamos la realidad. En Chile, la conveniencia y posibilidad de completar el ahorro doméstico con recursos de origen externo para el financiamiento de la inversión hace deseable que el nivel del gasto doméstico exceda al ingreso nacional, o lo que es equivalente, que la balanza de pagos presente un déficit. El último año, las inversiones extranjeras en Chile representaron casi un 10 % del PBI. Los economistas chilenos del Banco Central han determinado que de acuerdo a su política económica necesitan un déficit en cuenta corriente de balanza de pagos de entre 3 y 4 % del PBI. Este déficit permite mejorar levemente los indicadores tales como el coeficiente de deuda externa con relación al PBI o al nivel de exportaciones. Por otra parte, dichos valores absorben los niveles de oferta de financiamiento externo de mediano y largo plazo que estadísticamente Chile ha recibido y que representan inversiones de carácter más prolongado.

Por último, un endeudamiento mayor, aún financiable, dejaría a la economía chilena más expuesta a cambios en las condiciones de liquidez, tasa de interés o expectativas de los mercados financieros internacionales que puedan surgir de la suba de la tasa de interés en los países industriales, la variación en los términos de intercambio de Chile o vuelcos adversos en economías de la región. Para profundizar lo anterior separaremos el endeudamiento del sector público de aquel del sector privado. El Banco Central tiene el control monetario de las dos cuentas, una por medio de la ley de presupuesto y la otra enmarcada dentro de la política cambiaria y del nivel de exportaciones. Entre 1989 y 1996 Chile ha ido cambiando la deuda externa del sector público al sector privado. En 1989 la deuda externa del sector público equivalía al 29 % del PBI de ese año y la deuda del sector privado era del 12 %, sumando un total del 41 % del PBI. En 1995, el sector público debía al exterior 7.500 millones de dólares, cifra cercana al 12 % del PBI. La deuda del sector privado ascendió a 15.113 millones, es decir el 23 % del PBI de ese año. En total, Chile debía el equivalente al 35 % de su PBI en 1995. En cinco años, con relación al PBI de cada año, Chile ha disminuido su endeudamiento un 13 %, sin considerar la deuda pública interna. Pero ha cambiado el sector endeudado; ahora son los empresarios privados los garantes de la mayor parte de la deuda y no el Estado nacional. En la Argentina el componente principal de la deuda externa nacional es el sector público, que a comienzos de la década del '80 se hizo cargo de las deudas del ámbito privado. El traspaso del sector público al privado se logra en la medida en que aquél paga lo que debe y este se endeuda nuevamente. Los últimos informes sobre la deuda pública argentina total, externa más interna, indican que mientras en 1989 la misma equivalía al 47 % del PBI de ese año, hoy equivale al 32 % del PBI de 1995, lo que indica una reducción de más del 32 %. Sin embargo, mientras la Argentina periódicamente debe renegociar metas con el Fondo Monetario Internacional (su principal acreedor) desde 1995 Chile ha cancelado sus deudas con este organismo y sólo recibe a sus técnicos para corroborar la



salud macroeconómica del país. Llamativamente, las empresas chilenas que realizan inversiones fuera del país también se endeudan en el extranjero. En la Argentina, en los últimos cinco años empresas chilenas han invertido 5.500 millones de dólares en distintos sectores, principalmente en la producción y distribución de energía eléctrica. De esta cantidad de dinero, el Banco Central de Chile sólo registra 2.300 millones en inversiones de este lado de la cordillera. El resto proviene de créditos foráneos, colocación de ADR's (American Depositary Receipts) en los mercados de capitales más fuertes del mundo o de reservas acumuladas en sociedades de inversión chilenas radicadas en paraísos fiscales. Esto demuestra que los capitales no tiene patria y que si se instalan en algún lugar para producir, generar empleo y competencia, bienvenidos sean. En Chile, gran parte de las inversiones provienen de otros países —igual que en la Argentina— y es necesario y lógico que así sea. En los próximos años los procesos de privatización de empresas públicas en que se sumergirá Chile alcanzarían los 12 mil millones de dólares y aun teniéndolos, seguramente no sería bueno que los usaran allí. El origen de la capacidad de inversión chilena está en su elevada tasa de ahorro interno y en su ahorro acumulado a lo largo de diez años a través de los fondos de pensión de las AFP, que en abril de 1996 superaban los 26 mil millones de dólares. El ahorro interno chileno puede ser para la Argentina y el Brasil como lo es para la Comunidad Económica Europa la locomotora alemana. Este amplio respaldo financiero le permitió a Chile afrontar la crisis de México sin inconvenientes mayores. Un nivel de monetización (M1: billetes y monedas más depósitos a la vista) sumamente controlado que representa menos del 36 % de las elevadas reservas existentes —que en marzo del '96 alcanzaban los 13.800 millones de dólares— garantizan un bajo y también muy controlado costo del dinero, coherente con los objetivos de equilibrio interno y externo. La política fiscal que persiguió altos niveles de recaudación y bajos niveles de Gasto Público aceptando en el peor de los ejercicios el equilibrio, ha permitido realizar un ahorro fiscal que en el último quinquenio alcanzó el 4,8 %

del PBI total acumulado en el mismo período. No es casual que el monto calculado es equivalente a las reservas que el Banco Central de Chile atesora. Pero detrás de la fortaleza financiera de Chile se puede esconder el origen de lo que puede ser su problema estructural congénito que conspira contra su eficiencia productiva y su capacidad competitiva: la inflación.

El Banco Central de Chile utiliza la política cambiaria como otra herramienta aparte de la política fiscal y monetaria, para lograr, como ya expliqué antes, un determinado déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos. Sin embargo, no es posible fijar un tipo de cambio real en una economía abierta en proceso de consolidación comercial y financiera y con cambios permanentes en los términos de intercambio. La política cambiaria chilena sólo busca estabilizar el valor de la divisa en torno de su trayectoria de equilibrio para evitar movimientos especulativos que alteren su valor. Por esta razón utiliza un sistema de bandas de flotación con la facultad de intervenir dentro de ellas para neutralizar movimientos desequilibradores. La política cambiaria no es utilizada con fines antinflacionarios, sino que sólo mantiene el desequilibrio deseado en el saldo de cuenta corriente y atrae la inversión extranjera directa de largo plazo. Esta maniobra implica la imposibilidad de mantener un tipo de cambio real alto, pero permite incrementar la competitividad de los productos exportables. Chile, por medio de su política cambiaria, privilegia el estímulo a las exportaciones y a la vez brinda una protección adicional a la producción local que contrarresta los efectos del bajo arancel fijado para las importaciones. El Banco Central aplica una tasa de minidevaluación permanente que evita la sobrevaluación de la moneda. La misma es variable y está calculada en base a la inflación registrada en Chile y la que se prevé para el mundo. Desde la implementación de las bases de las actuales políticas fiscales, monetarias y cambiarias, el país trasandino no ha logrado controlar totalmente la inflación, aunque sí la ha reducido vertiginosamente. En 1991 la variación del índice de precios al consumidor respecto a 1990 fue del 18,7 %, en 1992 fue del 12,7 %, en 1993,

12,2 %, en 1994, 8,9 % y en 1995, 8,2 %. Estos niveles de inflación obligan a tener una economía indexada y pueden generar inconvenientes en la estructura de costos de producción de los bienes exportables, lo cual puede hacer que sus precios crezcan más que los precios de los países con quienes compete. De acuerdo a la política cambiaria aplicada, la solución sería aumentar las minidevaluaciones para corregir el desfasaje de costos, pero de esta manera no se incentiva el aumento de la productividad de la economía. Quizá en algún momento Chile tenga que decidir si mantiene su política cambiaria o afianza la productividad de su economía. De no lograr reducir la inflación a niveles mínimos, va a ser sumamente interesante observar la relación entre el nivel de exportaciones, la inflación, el nivel de inversiones extranjeras y el desempleo de los próximos años. Existe un mecanismo para atenuar este impacto que ya funciona y se basa en incrementar las exportaciones diversificando los productos y los destinatarios. De esta manera, en caso que por alguna razón dejaran de exportar a algunos países ciertos productos, seguirían exportando a otras naciones los mismos u otros productos. Por esta razón es que los chilenos no han dicho que no al Nafta y tampoco han dicho que no al Mercosur, negocian en forma directa con la Comunidad Económica Europea y también lo hacen con los países de oriente. Debemos tener en cuenta que los consumidores del mundo observan la calidad del producto, pero determinan la compra sólo si el precio es conveniente.

Haciendo una breve referencia al Mercosur, se puede decir que hoy existe voluntad política para lograr la integración regional en el ámbito comercial y también en el político como refuerzo de la democracia. Pero de acuerdo a la política cambiaria chilena que estudiamos anteriormente y que termina brindando una barrera de protección, al arancel único del 11 %, al arancel adicional que se aplica a productos del agro como el azúcar, el trigo o el aceite y a otras barreras que se conocen como fitosanitarias, podemos decir que Chile tiene una economía tanto o más proteccionista y tanto o más cerrada que la de cualquier otro país. No es una economía tan abierta y tan

libre como se autoproclama y como los formadores de opinión y generadores de expectativas hacen ver. Hasta los años '70, Chile fue el laboratorio de las ideas estructuralistas del Centro de Estudios para América Latina (CEPAL). Después, la economía fue dirigida por hombres de las clases más pudientes que se prepararon en su mayoría en los Estados Unidos. Hoy en día, pareciera ser que las ideas tienen su origen en la escuela de Chicago. Gran parte de los equipos económicos de Chile y la Argentina están integrados por hombres que estudiaron allí.

De acuerdo al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, José Miguel Insulza Salinas, su política exterior no busca una proyección meramente comercial de las relaciones con el mundo, ni tampoco liderazgos; quiere insertarse en los distintos mercados como socio leal, confiable, coherente y amistoso. Su principal prioridad es la integración latinoamericana y el Mercosur es el elemento central para lograr una zona de libre comercio que integre a todos los países del Cono Sur. Por esta razón es de sumo interés finalizar con el único diferendo limítrofe que aún queda pendiente con la Argentina, reconocida ésta como su futuro principal socio. Sería muy importante que los representantes de las democracias de Argentina y Chile resolvieran este diferendo sin la intervención de terceros, en forma pacífica y justa para dar lugar a mejores y perdurables relaciones. Cabe destacar en este tema que la mayor parte del límite entre las dos naciones está demarcado por las más altas cumbres divisorias de aguas, y que si bien la región de los Hielos Continentales debería ser demarcada por este mismo límite, evidentemente los hielos eternos no permiten distinguir las pendientes de los ríos que corren hacia el Este y el Oeste. Aun si se pudieran distinguir las más altas cumbres, este no sería el límite adecuado, de igual modo que no lo fue en el diferendo por la Laguna del Desierto. Por todo esto, quizá las más altas cumbres divisorias de aguas no sean la fórmula que corresponda para determinar el límite. Sin que nadie intervenga, este tema lo tenemos que resolver con altura entre la Argentina y nuestro futuro principal socio: Chile.

Hay mucho de mito y mucho de realidad. En una

economía globalizada como la que nos toca vivir, no hay nada mejor que orientar los esfuerzos a incrementar las posibilidades de crecimiento del hombre en todos los órdenes. Cuanto mejor esté, menos son sus preocupaciones, más tiempo tiene para sí, para los demás y para Dios. Inventar mitos es una actitud egoísta. Comparar realidades en forma capciosa es una actitud derrotista y genera desconfianza. Lo mejor para las dos naciones es incrementar el crecimiento recíproco y permitir un mayor intercambio. Hoy, el ritmo de vida del mundo logró que los gobiernos de Argentina y Chile le estén dando forma a lo que hace muchos años empresas de los dos lados de los Andes comenzaron a hacer: interactuar. Ahora que la idea se está consolidando lentamente, es importante mantener las condiciones de estabilidad política y económica de las dos naciones para que el proceso continúe y se perfeccione, fundamentalmente en cuestiones de ética, justicia, lucha contra la corrupción y acciones en defensa de la ecología, muy descuidada en nuestro días por los dos.

### Fuentes de investigación

Diarios *El Mercurio*, *LA NACIÓN*, *Carta de Chile*. Informes del mensuales del Banco Central de Chile, resúmenes de las conferencias del Dr. Roberto Zahler, Presidente del Banco Central de Chile ante el Círculo de Finanzas de ICARE el 11 de julio de 1995. Prochile, Embajada de Chile. INDEC. Informes de la CEPAL 1960-1970 y del Banco Interamericano de Desarrollo.